

EL PENE VOLUNTARIO: PARCIALIDAD DE LA PULSIÓN GENITAL¹

Fredy Ricardo Moreno Chía²
Psicólogo

La verga como el corazón son órganos que se mueven por sí solos.
Aristóteles

Abstract

Este trabajo, además de poner de presente las características de la llamada fase genital, en lo tocante a las modificaciones que se suceden en cada uno de los componentes de la pulsión, interroga la idea de que la fase genital constituye la integración -acaso biológica, acaso psíquica- de las pulsiones parciales. En este sentido intenta mostrar, tomando como base descripciones hechas por varios pensadores no necesariamente psicoanalistas, que la genitalidad, al menos en su versión masculina, resulta problemática en la medida en que introduce una relación de extrañeza en el orden yoico, del sujeto respecto a su propio órgano sexual. Por esta vía se concluye con la idea paradójica de que la genitalidad es la expresión de una pulsión parcial (en oposición a una aparente totalidad) cuya fuente es el pene.

Palabras clave: desarrollo libidinal, organización genital, parcialidad de la pulsión.

¹ Este trabajo, con algunas pocas variaciones, fue presentado en el coloquio llevado a cabo entre el 14 y el 16 de noviembre de 2007, dedicado al seminario de conceptos *Las pulsiones y sus objetos*, correspondiente al primer semestre de la Maestría en Investigación Psicoanalítica de la Universidad de Antioquia en su segunda cohorte. Este trabajo hace parte de uno de los procesos de investigación inscritos en la línea de *Adolescencia*.

² Psicólogo. Docente del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia, en calidad de *Estudiante instructor*. Estudiante de Maestría en Investigación psicoanalítica, Universidad de Antioquia (Medellín- Colombia).



1. Introducción

El presente escrito es un producto parcial de la fase inicial del proceso de investigación, dirigida a establecer la pregunta de investigación en el marco de la *Maestría en Investigación Psicoanalítica de la Universidad de Antioquia*. Por tanto no puede entenderse como un producto, ni siquiera cercano, de la investigación final. Sólo puede asegurarse que comparte con ella una filiación temática muy general, esta es: la *constitución de la masculinidad y sus relaciones con la adolescencia*.

Como parte del proceso de investigación el presente texto se apoya en uno anterior, dedicado al análisis de la diferenciación sexual y de la idea sostenida por Freud de que « (...) sólo con la pubertad se establece la separación tajante entre el carácter masculino y el femenino» (1). La pregunta conclusiva generada en aquella ocasión se refirió a la manera como la genitalidad participa en el proceso de constitución del carácter masculino, y por el modo en que las diferentes fases del desarrollo libidinal vienen a integrarse en la fase llamada genital. En el presente escrito se retoma parte de aquella pregunta, a partir del problema de la pulsión, para plantear así el siguiente interrogante: Para el caso del varón ¿es el pene el «órgano rector» garante de la unificación de las pulsiones parciales en la fase genital? En otras palabras ¿existe bajo el imperio del pene en la pubertad una primacía genital integradora e ideal de las pulsiones parciales infantiles?

Para desarrollar este interrogante el presente escrito se ordena en 4 partes: la primera dedicada a la teoría general del desarrollo libidinal, la siguiente a la organización genital en particular, la tercera a algunas descripciones de las características pulsionales del pene y, por último, se pone de presente la manera parcial como opera la genitalidad.

2. Teoría del desarrollo libidinal

Tres ensayos de teoría sexual fue el texto freudiano que más reelaboraciones sufrió, en aportaciones hechas por su autor a lo largo de 5 ediciones, entre 1905 y 1924. Durante este lapso se fue configurando una teoría de la organización libidinal, que se puede leer en los

incisos y pies de página de ese texto. En la primera edición de 1905 existe sólo una organización sexual, la genital, que aparece en la pubertad como opuesta a la sexualidad autoerótica, perversa y polimorfa del niño. En 1913, en el texto *La predisposición a la neurosis obsesiva*, Freud introduce el concepto de «organización pregenital», afirmando que la actividad sexual está ligada a una zona erógena determinada, la «organización anal». Esta idea es agregada a *Tres ensayos de teoría sexual* en 1915, donde a su vez introduce la «organización oral». Y finalmente en 1923, en el texto *La organización genital infantil*, introduce la llamada «organización fálica», que adiciona a *Tres Ensayos de teoría sexual* en la edición de 1924, diciendo que merece el nombre de fase genital aún cuando en esta falta la facultad de procrear.

Esta síntesis para señalar que desde el principio de la composición teórica de la organización sexual, Freud sostuvo la idea de la fase genital como organizadora de la sexualidad, que adviene como una segunda oleada pulsional después de la latencia y que efectúa un cierre sobre la sexualidad infantil. Freud nunca abandonó esta idea, como se puede leer en 1938 en *El esquema del psicoanálisis* un año antes de su muerte, donde afirma que: “*La organización plena [de la sexualidad] sólo se alcanza en la pubertad, en una cuarta fase, «genital»*” (2). Veamos en qué consiste la «organización genital».

3. *La organización genital*

Según Freud, “*Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva.*” (3). Esta conformación sexual implica una “nueva” lógica libidinal, la genital, constituida por cambios en los siguientes componentes de la pulsión: la fuente, el objeto y la meta.

Del lado de la fuente, las zonas erógenas de las pulsiones parciales que antes buscaban una satisfacción independiente ahora se hallan unificadas y puestas al servicio de la zona genital. Hay así una especie de centramiento de zonas erógenas periféricas, o de subordinación de éstas a una zona rectora.



Del lado del objeto observamos que, con el primado de las zonas genitales las actitudes predominantemente autoeróticas del niño son reemplazadas por «la elección del objeto sexual» externo, una vez se han instalado los preceptos morales relativos al incesto.

Del lado de la meta la cuestión es más difícil de comprender. Freud parece plantear al menos dos metas distintas. Por una parte afirma en *Tres ensayos de teoría sexual* que en la pubertad “La nueva meta sexual consiste para el varón en la descarga de los productos genésicos (...) La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción; se vuelve, por así decir, altruista” (4). En *Pulsiones y destinos de pulsión* repite esta misma idea, cuando a propósito de las pulsiones sexuales en general dice que inicialmente “La meta a que aspira cada una de ellas es el logro del placer de órgano; [y] sólo tras haber alcanzado una síntesis cumplida entran al servicio de la función de reproducción, en cuyo carácter se las conoce comúnmente como pulsiones sexuales” (5). Así considera que es sólo hasta más tarde que las pulsiones sexuales, presentes desde la infancia, se hacen portadoras de la aspiración a la meta reproductiva.

Pero como decíamos, a esta meta procreativa le coexiste otra, la que se expresa en la idea según la cual, con la organización genital se consigue el ascenso a un placer mayor. La subordinación de las zonas erógenas a los genitales trae como consecuencia que el placer desprendido del autoerotismo sea ahora un placer previo, menor, que actúa como «prima de incentivación» en relación con el «placer máximo» que se logra por la vía de la descarga del material genésico, y que era imposible antes de la pubertad. Hay así un *placer de órgano* menor que antecede a un placer mayor, conquistado en el orgasmo, ligado a la actividad procreativa.

Respecto a este cambio en la meta convendría hacer la siguiente pregunta, que intentaremos responder más adelante: ¿podríamos circunscribir este fin biológico como fin de la pulsión sexual? ¿Un fin que es natural –instintual– a todas las especies una vez se ha llegado a un estado madurativo que permite la procreación como modo de supervivencia del individuo y de la especie?

Resumamos entonces esta “nueva” disposición libidinal en la pubertad. Hasta entonces la pulsión sexual actuaba a modo de pulsiones parciales, y las zonas erógenas singulares, con independencia unas de otras, perseguían determinado placer como

exclusiva meta sexual. Con la pubertad aparece una meta sexual nueva, que para realizarse debe contar con la contribución de las pulsiones parciales, a la vez que las zonas erógenas deben ponerse al servicio de la primacía genital. Bajo este principio, las pulsiones que no entran en esta nueva causa son reprimidas, sublimadas, o «dejadas de lado por inutilizables».

Sin embargo, en términos pulsionales no puede considerarse a la pubertad como un ensamblaje completamente inédito. Esta transmutación en la fuente, el fin y la meta, sólo tiene éxito al “*contar con las disposiciones originarias y todas las peculiaridades de las pulsiones*” (6). En este sentido se trata más de una reedición -a posteriori- a la luz de la emergencia de cambios libidinales, que de una aparición espontánea y sin antecedentes de algunas funciones fisiológicas. Así en la adolescencia no se trata en modo alguno del hallazgo inédito de un nuevo objeto, sino más bien que este “*(...) hallazgo de objeto es propiamente un reencuentro*”. En la medida en que el mamar del pecho de la madre “*se vuelve paradigmático de todo vínculo de amor*” (7), entonces el pecho, como objeto pulsional, se inscribe como modelo para toda elección de objeto, incluso determina el modelo autoerótico de chupeteo. Esto último se entiende cuando Freud afirma que “*la acción del niño chupeteador se rige por la búsqueda de un placer -ya vivenciado y ahora recordado-*” (8). La relación de objeto con el pecho de la madre anticipa y determina el autoerotismo, pero también la elección de objeto aloerótico, es decir externo y diferente del propio cuerpo.

Lo que vale para el objeto también aplica para la satisfacción de la pulsión, y en la adolescencia se trata también de un reencuentro en este orden. Freud afirma que la nueva meta sexual -al menos para el varón- de la eyaculación “*En modo alguno es ajena a la anterior, al logro de placer; más bien, a este acto final del proceso sexual va unido el monto máximo de placer*” (9). Esta satisfacción como placer final se aproxima al placer experimentado por el bebé en la primera vivencia de satisfacción.

En cuanto a la zona erógena -los genitales-, tampoco en ella existe un ineditismo absoluto en la pubertad, estas zonas son erogenizadas desde la infancia por la intervención de un cuidador.



“Por su situación anatómica, por el sobreaflujo de secreciones, por los lavados y frotaciones del cuidado corporal y por ciertas excitaciones accidentales, es inevitable que la sensación placentera que estas partes del cuerpo son capaces de proporcionar se haga notar al niño ya en su período de lactancia, despertándole una necesidad de repetirla” (10)

Los cuidados del adulto causan en el niño la fuerte impresión de la satisfacción sexual proveniente de los genitales, secuela de ello, es el intento de renovarlo de manera onanista.

Ahora bien, la nueva condición de la genitalidad, coordinada teleológicamente a la reproducción, haría suponer que los órganos genitales no serían zonas erógenas fuentes de una pulsión parcial, sino de una pulsión total, armonizada con los propósitos biológicos y, de algún modo, instintivos. Habría en este sentido una relación de unidad entre el varón y su propio órgano sexual, una unidad en la que el pene estaría presto a la voluntad del individuo como de la especie. Sin embargo las relaciones del hombre con su miembro sexual no parecen ser de una armonía tal. La sentencia de Aristóteles que colocábamos en el epígrafe señala esta especie de automatismo del órgano, pero oculta -al hacerla una ley general de los órganos- la particular relación del hombre con su pene. Las siguientes descripciones testimonian, en cambio, más claramente acerca de esa relación.

4. El pene voluntarioso

En *La Ciudad de Dios* San Agustín define la libido como “aquello que excita las partes sexuales del cuerpo”, y dice que cuando ésta “llega al colmo” pone en “tinieblas al pensamiento” (11). Los genitales bajo el poder de esta libido desconocen a Dios, también al sujeto de la voluntad, y aún a “los buscadores del placer en los goces matrimoniales o en las impurezas vergonzosas”, pues el movimiento de sus genitales “les importuna sin quererlo y a veces les deja con el caramelo en la boca” (12).

La libido mueve los genitales a su arbitrio, desconociendo la voluntad del hombre para quien la desobediencia de los genitales es el castigo que debió pagar por su propia desobediencia en el pecado original. Antes en el paraíso, los «órganos de la generación» eran comandados por la voluntad y no por la libido, entonces obedecían a la voluntad del sujeto, que era la voluntad de Dios. Después del pecado, la desobediencia de estos órganos es tal

que al mismo tiempo que la libido excita desafiando al espíritu que quisiera estar alejado de la voluptuosidad, a veces se «revuelve» contra sí misma, y excitado el ánimo se niega a excitar el cuerpo.

En Leonardo Da Vinci puede encontrarse otra descripción de la actitud voluntariosa del pene. En el artículo *Della verga* de su tratado de anatomía dice:

“Ésta [la verga] tiene relaciones con la inteligencia humana y a veces posee una inteligencia propia; a despecho de la voluntad del hombre quien desea estimularla, ella se obstina y actúa a su manera, moviéndose a veces sin la autorización del hombre o incluso contra su voluntad; esté él dormido o despierto, ella no sigue más que su impulso; a menudo el hombre duerme y ella vela; y pasa que el hombre está despierto y ella duerme; muchas veces el hombre querría servirse de ella, y ella se niega, muchas veces ella querría y el hombre se lo prohíbe; parece pues que este ser a menudo tiene una vida y una inteligencia distintas de la del hombre, y que este último hace mal en tener vergüenza de darle un nombre o de exhibirlo, procurando constantemente cubrir y disimular lo que debería adornar y exponer con pompa, como un ministro” (13)

No muy distinta es la idea de Michel de Montaigne quien en el ensayo titulado *La fuerza de la imaginación* dice que:

“Tienen razón los que ponen de manifiesto la rebelde libertad de ese miembro que tan inoportunamente se entromete cuando menos falta hace y tan inoportunamente desfallece cuando más falta nos hace, que tan imperiosamente discute la autoridad de nuestra voluntad y con tanto orgullo y obstinación rechaza nuestros ruegos mentales y manuales. Sin embargo, si contra los ataques que se le hacen por su rebeldía justificando así su condena hubiérame pagado para abogar por su causa, quizás sospecharía de los otros miembros de haber levantado contra él premeditadamente esta querrela, por pura envidia de la importancia y dulzura de su uso, y de haber armado una conspiración para poner al mundo en su contra cargándole a él malignamente con las culpas de todos” (14).

En el mito indio de los Winnebago de Norteamérica sobre el *Trickster* (un ser a la vez estúpido y listo) descrito por el antropólogo Paul Radin, ampliamente comentado por Jung y por el mitólogo Karl Kerényi, encontramos la relación de independencia entre el hombre y su pene, y donde este último se nos es presentado revestido de un antropomorfismo particular. El relato dice que:

“El Bribonzuelo prosiguió su camino. Mientras caminaba llegó a un lugar maravilloso. Se detuvo y cayó en un sueño profundo. Al cabo de un rato se despertó y notó que se había acostado de espaldas y que no tenía manta. Abrió los ojos y vio con sorpresa que algo giraba encima de él. «Ah, ah, los

jefes de la tribu han desplegado las banderas, los habitantes de este lugar deben de haber celebrado una fiesta. En estos casos de despliega la bandera del jefe. Mientras pensaba todo esto se despertó, y entonces vio que su manta había desaparecido. De hecho era su manta la que codeaba encima de él. Su pene se había puesto erecto y mantenía la manta en el aire. «Siempre la misma historia» dijo, «Hermano, vas a perder la manta, será mejor que me la devuelvas». Así le habló a su pene. Luego lo agarró y al palparlo con la mano, el pene se aflojó y finalmente la manta volvió a caer. El Bribonzuelo enrolló el pene y lo metió en una caja (...) Desde entonces llevó la caja con el pene a la espalda.» (15)

Finalmente en la reconocida obra *El nuevo desorden amoroso* de Pascal Brukner y Allain Fienkelkraut se muestran los 10 inconvenientes del pene:

“Cuelga, oscila entre las dos piernas como un péndulo de relojería, es vulnerable, pasivo, testarudo, se levanta cuando nadie lo llama, se queda fofo en los instantes cruciales, turgente impide toda marcha, en reposo se bambolea en la entrepierna contra sus huevos, tiene potencia de riego limitada, etc., [Resaltando de golpe el] «Aspecto a un tiempo terrible, miserable, furibundo, y perpetuamente frustrado y estúpido de esos órganos.» (16).

En su conjunto estas descripciones, filosóficas, anatómicas, literarias, míticas y sociológicas, no hacen más que poner de presente el carácter disidente del pene respecto a la voluntad yoica de quien lo porta. *Con mentalidad propia*, título puesto por el historiador David Friedman a su obra que relata la historia cultural del pene dice bien lo que queremos señalar. “*El hombre es capaz de sujetar su hombría con la mano, ¿pero quién controla realmente a quién?*” (17). La condición autónoma del pene, su activación y rebeldía no sólo a los intereses voluptuosos del hombre sino también al finalismo procreativo de su función genital, son puestas de relieve en los relatos citados. El pene se nos presenta como una parte del cuerpo muy particular, sede de una voluntad y de una autonomía que nos recuerda al menos dos conceptos freudianos: el de erogenidad y el de pulsión parcial. Por erogenidad entendemos esa propiedad que tienen todos los órganos para provocar una excitación, pero cuyo modelo es la erección, es decir el pene, dado que los demás órganos pueden “(...) *subrogar a los genitales y comportarse de manera análoga a ellos*” (18). Por parcialidad entendemos la característica de la pulsión correlativa de la erogenidad, en la medida en que no es el cuerpo como una totalidad el que entra en excitación, sino una parte aislada, una zona erógena autónoma, separada de las demás zonas erógenas y que pone en duda la soberanía del sujeto

oficial. El uso de toda una ortopedia peniana (fundas penianas, candados, cinturones de castidad) que busca poner en orden al miembro rebelde y controlar una potencia extraña e interna, demuestra esa autonomía del pene -aunque es verdad que en la actualidad estos instrumentos de control han devenido juguetes eróticos-.

Cabe entonces reclamar para este modo de funcionamiento del genital masculino el nombre de autoerótico, en la medida en que *“El objeto [de la pulsión sexual] se eclipsa tras el órgano que es su fuente y, por lo común, coincide con este último”* (19). El circuito pulsional se genera en la zona erógena (genital) y allí culmina, formando una unidad de objeto-fuente de la pulsión, rebelándose incluso a ser ligado a un objeto externo.

El carácter erógeno, turgente, aislado, descontrolado y sin direccionamiento a un objeto externo que podemos extraer de las anteriores descripciones acerca del pene, son las características propias del funcionamiento autoerótico de la pulsión parcial. La siguiente pregunta de Lacan que parte de la comparación que hace Freud de las erupciones volcánicas con las oleadas pulsionales, circunscribe bien el hecho que queremos señalar, que la pulsión se despliega en una estructura cerrada y en un movimiento de contorneado, sin remitir a ningún objeto externo.

“¿No vemos en la metáfora freudiana encarnarse esta estructura fundamental -algo que sale de un borde, que redobla su estructura cerrada, siguiendo un trayecto que da la vuelta, y del que nada asegura la consistencia más que el objeto, en calidad de algo que debe ser contorneado?. Esta articulación nos conduce a convertir la manifestación de la pulsión en una forma de sujeto acéfalo, pues todo se articula en términos de tensión, y no tiene más relación con el sujeto que de comunidad topológica” (20)

Lo anterior, entonces, nos lleva a contrastar dos ideas relativas a la genitalidad: por una parte, la subordinación de las zonas erógenas a la primacía genital que conlleva la concepción de una sexualidad como totalidad compleja que convoca a todo el organismo al fin reproductivo; por otra parte, la del funcionamiento autoerótico, que se caracteriza más bien por la fragmentación del organismo, es decir, por el hecho de que el placer se inicia y termina, para volver a ser relanzado, pero siempre en un mismo órgano aislado.

Ahora bien, este distingo no se corresponde con el que hace Freud entre los dos vínculos que contraen las pulsiones sexuales y las pulsiones yoicas o de autoconservación.



De acuerdo con el primero de ellos “*el individuo es lo principal*” y la sexualidad una de sus funciones, y su satisfacción una de sus necesidades. Según el otro vínculo, la sexualidad estaría más ligada a los requerimientos de la especie y por tanto el individuo devendría “*un apéndice temporario y transitorio del plasma germinal.*” (21).

Nuestros razonamientos nos llevan más bien a resaltar el contraste entre, por una parte, las pulsiones sexuales desligadas de todo principio biológico de ordenamiento y de funcionamiento en favor del yo, y por otra parte, las pulsiones de autoconservación. Dependiendo de si articulamos a la genitalidad con uno u otro plano, tendremos concepciones divergentes de ella: por una parte la genitalidad como un estadio del desarrollo psicosexual, totalizador y sintetizador, en el que las pulsiones parciales quedan, al final de este desarrollo, integradas y ordenadas en lo que se suele llamar primacía de lo genital; y por otra parte, esa otra genitalidad que hicimos corresponder con una pulsión parcial por excelencia, en la medida en que ella no comanda ninguna unificación de pulsiones y en que su erogenización mantiene un funcionamiento independiente.

5. Parcialidad de la pulsión genital

A nuestro modo de ver no puede endosarse a la pulsión sexual un fin biológico, aunque el apuntalamiento, es decir, el hecho de que en una misma actividad (en este caso sexual genital) se puedan satisfacer pulsiones distintas (sexuales y autoconservativas) pueda llevar a esta confusión.

Nosotros consideramos que si se identifica la procreación como la meta de la pulsión genital, se toma el proceso de apuntalamiento por un proceso de traslapamiento mediante el cual llega a atribuírsele a la pulsión sexual metas instintuales, de conservación de la especie, quitándole el valor de parcialidad. Para decirlo de otro modo, al adjudicar el fin procreativo a las pulsiones sexuales, el placer autoerótico del órgano, y las cualidades parciales de la pulsión genital se desdibujan para privilegiar la función autoconservativa, reduciendo de este modo la sexualidad a la genitalidad, y creando la ilusión teórica de plenitud sexual.



Encontramos a favor de nuestra idea, que el mismo Freud, quien sostuvo el ideal procreativo de la genitalidad, a su vez se esforzó en mostrar que la genitalidad posee los rasgos propios de las pulsiones parciales. Es en la conferencia titulada *El desarrollo libidinal y organizaciones sexuales* donde se nota con mayor claridad esta divergencia. Allí dice Freud que “(...) el máximo placer de la unión sexual no es sino un placer de órgano que depende de la actividad de los genitales.” (22). La corroboración clínica de este hecho en el que el hombre parece un agregado de su propio pene, lo halló Freud no sólo del lado de los pacientes varones, sino también del deseo de ciertas mujeres que le hicieron notar esa extraña relación del varón con sus genitales, en la medida en que para ellas, dice Freud, “el varón es un apéndice del pene.” (23)

Para terminar, es necesario señalar que los vínculos de las pulsiones sexuales con las pulsiones de autoconservación, y en general la idea de una sexualidad ligada a la procreación, pierden su supuesto carácter armónico y natural merced a que es puesto de relieve el carácter frustrado, displacentero y mortífero de la pulsión sexual. En 1915, cuatro años antes de que introdujera el concepto de pulsión de muerte, Freud se expresó, a nuestro modo de ver, en unos términos semejantes a los que aquí hemos resaltado, al comparar la función sexual con otras funciones orgánicas. Decía de la sexualidad:

“Es innegable que no siempre su ejercicio trae al individuo la misma ventaja que sus otras operaciones; más bien, al precio de un placer inusualmente elevado, le depara peligros que amenazan su vida y con bastante frecuencia se la cobran” (24).

Trabajos citados

- (1) FREUD, Sigmund. (1905c) “Tres ensayos de teoría sexual”. *Obras Completas*. Vol. VII, Buenos Aires: Amorrortu, 2ª ed., 11ª reimp., 2006. p.189.
- (2) FREUD, Sigmund. (1938d) “Esquema del psicoanálisis”. *Obras Completas*. Vol. XXIII, Buenos Aires: Amorrortu, 2ª ed., 11ª reimp., 2006. p.153.
- (3) FREUD, Sigmund. (1905c), *Op.cit.*, p.189.
- (4) *Ibíd.*, p.189.

- (5) FREUD, Sigmund. (1914e) "Introducción al narcisismo". *Obras Completas*. Vol. XIV, Buenos Aires: Amorrortu, 2ª ed., 11ª reimp., 2006. p.121.
- (6) FREUD, Sigmund. (1905c), *Op.cit.*, p.189.
- (7) *Ibíd.*, p.189.
- (8) *Ibíd.*, p.189.
- (9) *Ibíd.*, p.189.
- (10) *Ibíd.*, p.170.
- (11) SAN AGUSTÍN. (413 dC) "La ciudad de Dios". *Obras Completas de San Agustín*, Tomo XVI-XVII, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1958. p. 963.
- (12) *Ibíd.*, p. 964.
- (13) VINCI, Leonardo Da. (1495) *Dell'Anatomia*, Torino: fogli B, 1901. p. 84.
- (14) MONTAIGNE, Michel. (1580) *Ensayos I*. Madrid: Cátedra, 2005. p. 150-151.
- (15) RADIN, Paul. (1956) *The Trickster: A Study in American Indian Mythology*. 1956. New York: Schecken, 1971. p. 20.
- (16) BRUKNER, Pascal. et al. (1977). *El nuevo desorden Amoroso*. Barcelona: Anagrama, 1979. p. 26.
- (17) FRIEDMAN, David (2001) *Con mentalidad propia: historia cultural del pene*. Barcelona: Península, 2007. p.14.
- (18) FREUD, Sigmund. (1914e) *Op.cit.*, p.81.
- (19) FREUD, Sigmund. (1915b) "Pulsiones y destinos de pulsión". *Obras Completas*. Vol. XIV, Buenos Aires: Amorrortu, 2ª ed., 11ª reimp., 2006. p.127.
- (20) LACAN, Jacques (1964f) *El Seminario libro II (1964/65): Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Seix Barral, 1977. p.186, sesión 13 mayo 1964.
- (21) FREUD, Sigmund. (1915b) *Op.cit.*, p.120.
- (22) FREUD, Sigmund. (1915k [1917]) "Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales" en: Conferencias de introducción al psicoanálisis, 21ª conferencia. *Obras Completas*. Vol. XVI, Buenos Aires: Amorrortu, 2ª ed., 11ª reimp., 2006. p.295.



- (23) FREUD, Sigmund. (1915i) “Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal”. *Obras Completas*. Vol. XVII, Buenos Aires: Amorrortu, 2ª ed., 11ª reimp., 2006. p.119.
- (24) FREUD, Sigmund. (1915k [1917]) “La teoría de la libido y el narcisismo” en: Conferencias de introducción al psicoanálisis, 26ª conferencia. *Obras Completas*. Vol. XVI, Buenos Aires: Amorrortu, 2ª ed., 11ª reimp., 2006. p.376.

Bibliografía

BRUKNER (Pascal), Fienkelkraut (Allan) (1977) *El nuevo desorden Amoroso*, Anagrama, Barcelona, 1979.

FREUD, Sigmund, *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 2ª ed., 2006.

_____, (1905c) *Tres ensayos de teoría sexual*, Vol. VII, pp. 123 – 222.

_____, (1914e) *Introducción al narcisismo* Vol. XIV, pp. 71 – 98.

_____, (1915b) *Pulsiones y destinos de pulsión*, Vol. XIV, pp. 113 – 134.

_____, (1915k) “Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales”, en: *Conferencias de Introducción al psicoanálisis; 21ª conferencia*, Vol. XVI, pp. 292 – 309.

_____, (1923b) *La organización genital infantil*, Vol. XIX, pp. 145 –149.

_____, (1938d) *Esquema del psicoanálisis*, Vol. XXIII, pp. 143 – 209.

FRIEDMAN, David (2001) *Con mentalidad propia: historia cultural del pene*. Barcelona, Península, 2007.

LACAN, Jacques (1964f) *El Seminario libro II (1964/65): Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona, Barral, 1977.

MONTAIGNE, Michel (1580). *Ensayos I*, Cátedra, Madrid, 2005.

RADIN, Paul. (1956) *The Trickster: A Study in American Indian Mythology*. New York: Schecken, 1971.

SAN AGUSTÍN, (413 dC), “La ciudad de Dios”, en *Obras de San Agustín*, T XVI-XVII, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1958.

VINCI, Leonardo Da (1495) *Dell'Anatomia*, fogli B, Torino 1901.

Fecha recibo: 30/05/08 Fecha evaluación: 10/06/08

